

Una historia de Contorno Ismael Viñas

Juan José Sebreli (que escribió de modo que tal vez puede calificarse de prominente en *Contorno*, pero que no fue parte de ese grupo), se refiere a la publicación de un modo que tiene casi, casi razón, al decir en su autobiografía: “Tuvo en su momento reducido tiraje, escaso número de colaboradores, un corto tiempo de aparición y una discreta repercusión pero se convirtió, con el paso indulgente del tiempo, en la legendaria *Contorno*, iniciadora de una nueva época en la crítica de la cultura argentina.”

Casi tiene razón Sebreli, porque, por ejemplo, lo de “reducido tiraje” es sólo válido para el primer número, ya que sus trescientos ejemplares iniciales se multiplicaron rápidamente hasta llegar a cinco mil. Ocurrió lo mismo con el número de páginas: el primer número era flaquito, flaquito, pero fue engordando hasta parecer una revista libro. Y esas fueron las causas de su temprana desaparición: tiraje relativamente elevado, muchas páginas, se tradujeron en altos costos, y los ingresos por ventas y avisos no alcanzaban a cubrirlos. Se estiró (y esto fue un secreto) hasta donde dieron los fondos que teníamos Susana Fiorito y yo. Ella era una rica heredera, es cierto, pero eso no quiere decir que tuviera dinero propio (tenía que trabajar para ayudar a sostener los gastos de la casa). Y yo era un abogado joven de reducida clientela. Tal vez necesite aclarar ahora que éramos compañeros —que vivíamos juntos—, y (esto sí) que para sacar el primer número tuvimos que vender un *rota print*.

Los recursos de que disponíamos eran tan escasos que los carteles para anunciar la aparición de la revista (“*Contorno* - una revista denunciacionista”, decían) los salíamos a fijar David y yo, brocha en mano y engrudo en dos baldes. Cuando se incorporaron a la publicación Ramón Alcalde, Noe Jitrik, Adolfo Prieto y León Rozitchner, el primero criticó el que lo hiciéramos todo nosotros: escribir los artículos, llevar los originales a la imprenta, corregirlos, buscar anuncios, distribuir los ejemplares en los lugares de venta. Su criterio se impuso sólo parcialmente, porque entregamos la distribución a profesionales, lo que, por cierto, aumentó las ventas.

Sin embargo, cuando decidimos editar los *Cuadernos de Contorno* dedicados exclusivamente a la política, encargamos su diagramación a Hlilo, que les dio un aspecto mucho más ligero y agradable. Esto, de paso, desmiente otro mito, que leí hace tiempo en la revista de Altamirano y Sarlo, en un artículo en el que se sostenía que la seriedad de la diagramación primitiva correspondía a nuestra posición ideológica. ¡Qué va! La revista podía parecer pesada de tan seria, pero ello se debía a nuestra ignorancia total sobre diagramados, de tal modo que hicimos todo del modo más simple posible (después, con el tiempo, fuimos aprendiendo algo sobre el oficio —sobre todo Susana, que llegó a ser regente de la imprenta de la Facultad de Filosofía y Letras).

Una empresa familiar, como se dice, en el sentido monetario, eso es lo que fue *Contorno* durante toda su existencia.

Al llegar a este punto, me quedo con las manos sobre el regazo, pensando: quiero contar la historia de *Contorno* vista desde adentro. Pero ¿le interesará eso a alguien? Serán sobre todo minucias, que posiblemente suenen a algo así como a chismes. En definitiva, los recuerdos de un viejo (tengo 81 años al escribir estas líneas) sobre una publicación que apareció hace medio siglo. Hace años, como diría una de mis pintorescas tías por parte de padre. Un viejo hablando de vejeces. ¿Qué puede importar, si lo que importan son las leyendas, los mitos creados a su alrededor?

Me levanto. Salgo a dar una vuelta. Y cuando vuelvo estoy decidido: “Sí, escribiré sobre *Contorno*. Tal vez interese. Y, en definitiva, me interesa a mí. Si hasta llegué a escribir un primer borrador, que encontré los otros días entre mis papeles”.

Los orígenes inmediatos

La aparición de *Contorno* está ligada a la muerte de otra revista, *Las ciento y una*, cuyo director

era Hector A. Murena. Sólo salió el primer número, pues Ernesto Sábato (un “famoso y egomaniaco escritor”, dice Sebrelí sin nombrarlo), presionó a la editorial que la financiaba para que no apareciera el segundo, que contenía un artículo crítico sobre su obra. A eso, y a un encontronazo que tuvo Murena con David, una tarde en que estaban tomando café en una confitería de la calle Viamonte, cercana al edificio de la Universidad Nacional de Buenos Aires y de la entonces Facultad de Filosofía y Letras.

Claro está que la pelea cortó todo lazo entre David y Murena, y éste desistió, no sé por qué, de sacar una nueva revista. David, que vivía por ese tiempo en casa, habló conmigo y Susana de lo ocurrido, del proyecto de la revista y de la necesidad y las posibilidades de sacarla. En realidad, discutimos dos alternativas: o entrar en *Centro*, la publicación de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, en la que escribíamos con alguna frecuencia, y adaptarla para el caso, o sacar una nueva. Decidimos que era más conveniente esto último. Discutimos el nombre. Pedimos algunos artículos, David utilizó el que tenía escrito para *Las ciento y una*, y yo escribí sobre “La traición de los hombres honestos”, que criticaba a algunos de los intelectuales más notorios de la época (José Luis Romero, su hermano, el filósofo Francisco, Borges) a raíz de su colaboración en una editorial que publicaba folletos de divulgación.

¿Sólo de la literatura?

“Codirector de la mítica revista: *Contorno*”, dice en la solapa del libro de David que acabo de recibir (*Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX*). En la solapa de *Paralelas y solitarias*, el libro de cuentos de Adelaida Gigli, que recibí también en estos días, dice más: “Junto a su marido David Viñas y un grupo de intelectuales funda y dirige la revista *Contorno* y se vuelve mítica expresión de una generación proponiendo un proyecto cultural de izquierda, de reflexión y de discusión de la crítica literaria argentina.”

En esa solapa se ratifica lo que dice Sebrelí (legendaria es más o menos que mítica, ¿no?), salvo que no dicen como él “con el paso indulgente del tiempo”, que parece aludir a una supuesta escasa formación de quienes escribíamos, incluido él por supuesto. Otros lo han dicho de modo más tajante (Carlos Correas, por ejemplo, que tildó de ignorantes a los colaboradores, incluyéndose, en una entrevista que le hicieron en *El Ojo Mochó*).

Sebrelí tiene más razón que la solapa del libro de Adelaida: era más bien un intento de crítica de la cultura argentina que tan sólo de la literatura. Si no escribimos explícitamente de política, por ejemplo, en los primeros números, es porque no era sencillo escribir críticamente del peronismo mientras estaba en el poder. Hubieran secuestrado la tirada, simplemente; quizás nos hubieran hecho un juicio a nosotros. Aún así, en el artículo de Sebrelí “Celeste y colorado” se habla de política, y el tema está presente en muchos de los escritos, pues tratábamos de incorporar esa parte de la realidad a nuestra perspectiva. Si no hablamos más que de ensayos y novelas, es porque no tuvimos tiempo de incluir otras facetas de la cultura, pero algunos de nosotros lo fuimos haciendo a través del tiempo. Sebrelí es un buen ejemplo, y por eso David ha dicho que “parece ser quien realiza casi todo el programa de la revista”, en una entrevista que le hicieron en *Punto de vista* –noviembre de 1981– pero no es el único: León Rozitchner lo ha hecho también en varios de sus libros –incluso sobre política. Y el mismo David en sus ensayos. Y Alcalde. Y yo ¿por qué no? Y también en clases o seminarios, en universidades y en casas particulares, nos hemos referido a varios aspectos de la cultura. En mi caso, lo hice tanto en la Argentina, en las universidades de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires (en cursos fuera de programas académicos) como en casas; y en Israel recorrí kibutzim y universidades (con lo que, de paso, conocí el país hasta en sus rincones más remotos).

Me he referido a nuestro cuidado de no hablar de la política concreta de aquellos días, bajo el gobierno peronista, para cuidarnos de las medidas de represión que podía tomar. Hoy, parece quizás calumnioso referirse a los gobiernos de Perón como represivos, a pesar de que eso está ampliamente documentado. Pero el caso es que a pesar de todas nuestras precauciones, estuvimos a punto de caer bajo tal represión: en el tercer o cuarto número fue a buscar los paquetes de la revista a la imprenta un amigo más joven que nosotros; los trajo y los dejó en el vestíbulo general de la casa de departamentos en que vivíamos Susana y yo. Al salir, lo estaban esperando dos vigilantes que se lo llevaron a la comisaría a “dar explicaciones” sobre qué hacía en el barrio. Una vez allí, lo dejaron un momento solo y escapó de un modo que parece mentira: tocó el timbre de salida, y salió nomás haciéndose el distraído.

Amigos que leyeron lo anterior, me han preguntado para qué lo cuento. Me rasco la cabeza: bueno, primero, porque es cierto. Y en segundo lugar, porque me parece una metáfora cabal de cómo funcionaba el peronismo: represivo, hasta el punto de que la policía podía detener a cualquiera por vagas sospechas sobre su presencia en determinado lugar, y, al tiempo, no demasiado efectivo en su represión. Del mismo modo, en un sentido más amplio, es claro que Perón admiraba los regímenes fascistas e intentó montar algo así como un corporativismo a lo Franco, pero nunca llegó a armarlo del todo: perduraron las instituciones formales de la democracia republicana burguesa: poderes del estado separados, pluralidad de partidos políticos. La república era, sin embargo, más formal que real: persiguió a la prensa opositora, no permitió el uso

de la radio a la oposición, no permitió actos políticos públicos sino poco antes de las elecciones, persiguió y encarceló a los disidentes y a sus organizaciones políticas y a los opositores, cerró y expropió diarios.

Conocí personalmente cómo fue expropiado el diario *La Prensa*: trabajaba en ese entonces en el departamento de Sumarios de la Aduana, y mi jefe recibió la orden de iniciar un procedimiento contra el diario por violar el sistema que le permitía utilizar papel importado para sus impresiones, con el pretexto de que contenía más espacio para propaganda que el que establecía la ley. En la resolución se le aplicaban multas retroactivas hasta superar el valor total del edificio en el que estaban su redacción y la imprenta, las máquinas impresoras, los muebles. En virtud de esa deuda se decretó su expropiación. Tal hipócrita manera de reprimir caracterizó al peronismo. Pero también, por ejemplo, el que yo estuviera preso por ocupar con centenares de estudiantes las facultades de la ciudad de Buenos Aires, y que conservara mi puesto como empleado público. Estuve preso algo así como una quincena (en el Cuadro Primero de Villa Devoto) salí, y volví a mi trabajo como si nada. Un amigo que estuvo preso conmigo, obtuvo poco después un cargo en el Servicio Diplomático.

En cambio, torturaron a dirigentes del Partido Laborista que se opusieron a la unificación (dictada por Perón) con las demás fuerzas que lo llevaron a la presidencia. Perón denunciaba a la gran burguesía agraria, ganadera en su mayoría en términos durísimos: la “oligarquía vendepatria”; pero no la destruyó, ni siquiera la debilitó, y apenas si la perjudicó un poco en sus ganancias cuando se impuso el llamado “Estatuto del Peón”, a favor de los obreros rurales. El IAPI, la empresa del Estado que comercializaba los cereales no la molestó mayormente pues dejó a un lado la venta al exterior de la carne. Con el nombre de “oligarquía” englobó a todos sus opositores, que comprendía sin embargo a la gran burguesía industrial y a la mayoría de la pequeña industria de las capas medias. Fue contra ese conjunto abigarrado, duro y cruel de palabra, excitando contra él el odio de las masas que lo seguían, y se le respondió con un odio igual. Abel Alexis Latendorff, un joven socialista, miembro de las capas medias, fue quien dirigió un grupo que puso una bomba en medio de la multitud que llenaba la Plaza de Mayo. Se respondió, azuzados por Perón, con el incendio de la Casa Radical, la Casa del Pueblo, iglesias y el Jockey Club; por su parte, los sublevados militares bombardearon la Plaza de Mayo, para derribarlo de la presidencia en 1955. Ese tipo de opositor extremo se llamaba a sí mismo “gorila”, apelativo que tomaron de una canción: “deben ser los gorilas/ deben ser”.¹

¿Ignorantes, sartreanos, o qué?

Recuerdo la impresión que me hizo leer, en el exilio, una reseña sobre *Contorno* en la revista de Beatriz Sarlo y Altamirano. Lejos de la Argentina y de lo que allí ocurría, me dio la sensación de que estuviéramos muertos y de que el artículo se refiriera a escritores del pasado. Una sensación extraña. Después me fui acostumbrando.

Es curioso: casi todos los que escriben sobre *Contorno* aseveran que éramos sartreanos. Debe ser por eso de que éramos “escritores comprometidos”, porque sartreanos sólo eran algunos de los colaboradores. Yo, por cierto, no lo era por simple ignorancia en aquel entonces, pues no había leído nada de Sartre. Después lo leí y no me gustó demasiado; y me interesó muy poco como filósofo. Mi formación marxista provenía directamente de la lectura de Marx y Engels, de lo que se conocía entonces, en castellano, francés o italiano, pues no sabía alemán (ni aún ahora, que tengo algún dominio de otros idiomas como el hebreo moderno y el inglés). Las diversas formas del existencialismo sólo me atrajeron como curiosidades, aunque tal vez hayan penetrado de modo inconsciente mi pensamiento, así como otras modas posteriores. De León Rozitchner sé que protestó cuando lo llamaron sartreano, pues él era discípulo de Merleau-Ponty. De otros no sé, porque ni siquiera he tenido la curiosidad de preguntarles, aunque David parece haber aceptado que estaba influido por el francés. Los que eran sartreanos lo han proclamado, como Sebrelí, Correas y Masotta, aunque no advierto, en lo que he leído de ellos, tal influencia.

¿Era por eso un ignorante? Creo que no. Aunque he aprendido bastante desde entonces (y leído muchísimo más). Rozitchner, con su educación en la Sorbona, difícilmente pueda tacharse de ignorante —al menos para los niveles de conocimiento de un intelectual argentino—, y, seguramente, era mucho más conocedor de textos que todos los demás de *Contorno* en aquella época, y mucho más que el estudiante más

1. La prueba de que no escribimos de política al comienzo por la prevención de que el gobierno de Perón nos impidiera seguir publicando la revista está en que, apenas derribado por el golpe de 1955, comenzó a aparecer *Contorno* con números dedicados a la política inmediata, y que dedicamos dos de los *Cuadernos de Contorno* a esos temas exclusivamente.

Fuimos invitados más tarde por Frondizi a colaborar con él, y así lo hicimos (con la excepción de David, como lo he contado en varias partes, entre otras en *Todo es historia*). Y eso no limitó nuestra influencia, sino todo lo contrario, la amplió: sirvió esa participación para arrastrar a la juventud universitaria a apoyar a Frondizi, y nos proyectó aun más en nuestra difusión en sectores políticos —entramos en barrios populares de marcada militancia peronista. Sebrelí, en su citada autobiografía, afirma que con ese paso perdimos nuestro atractivo, pero eso parece referirse a lo que sintió él y su grupo de amistades. Lo que es lógico, pues tenían del peronismo en esa época una visión muy diferente de la nuestra, mucho más política y realista y menos fantástica que la de ellos.

aventajado de humanidades de la universidad argentina. Alcalde, con sus estudios de seminarista y los de la Facultad de Filosofía y Letras y su dominio del griego, también era, sin duda, más conocedor que los estudiantes más avanzados contemporáneos, y más, sin duda, que la media de los intelectuales de entonces.

En cuanto a mí, llegué a ser un “intelectual comprometido” por la influencia de otros autores. Marx, leído y releído, y traducido en parte –aunque nunca publiqué ninguna traducción–; Lenin; Rosa Luxemburgo, que leí desde jovencito. ¿Autores no marxistas?

Desde luego. Desde que aprendí a leer de corrido, hurgué en la muy heterogénea biblioteca de mi padre, en Monte, que abundaba en libros en español y de diverso origen: traducidos del francés, del italiano, del inglés, del alemán. Las siestas se me hacían cortas, leyendo libros prohibidos como las fábulas de Samaniego “para adultos”, las aventuras de Tarzán de los Monos, y algunos aparentemente inaccesibles para mi edad, como Maquiavelo. Claro está que de éste comprendí poco, pero volví a leerlo años después. La costumbre de leer se fue ampliando durante mi adolescencia, ayudándome a gozar de mis masturbaciones y ampliando mis conocimientos. Desde Quevedo y Ortega hasta Unamuno y Anatole France, Petrarca (en italiano), hasta una antología erótica que se llamaba *El jardín del pecado*. También Voltaire: *La doncella*, pero defraudó mis expectativas lúbricas.

¿Marxista? Sí, crítico, a partir de advertir las ilusiones de Marx y Engels sobre la inminencia de la revolución europea.

Claro está que no Kant y Hegel, a los que llegué mucho tiempo después. Fui, más allá de la Facultad de Derecho, un autodidacta, y mis lecturas eran tan ávidas como desordenadas, saltando de *La montaña mágica* de Mann a Lévi-Strauss. Intenté, después de recibido, cursar en la Facultad de Filosofía y Letras, pero debía trabajar y abandoné en segundo año.

Una revista “denuncialista”

Así fue que Susana y yo aceptamos la idea de David (pues fue suya, absolutamente suya) de sacar *Contorno*, una revista cuya preocupación única era centrarse en la cultura argentina, y en una visión crítica, pues advertíamos, sobre todo, la falta de verdad que había en ella: en novela, había llegado al extremo de que Eduardo Mallea escribiera una obra íntegra sin un solo diálogo, aparentemente para eludir el voseo, pues advertí sin duda lo ridículo que hubiera resultado si sus personajes hablaran de tú; en política, había llevado al fraude sistemático desde la victoria de Urquiza y de la república inaugurada por Mitre, a la contradicción de que el primer gobierno electo libremente, el de Irigoyen (¡cien años después de declarada la independencia!) fuera a la vez el responsable de las represiones más sangrientas, como las de la Patagonia, o, antes, la de las huelgas campesinas de la pampa húmeda, o a los sucesivos golpes militares hechos para “salvar las instituciones”. De allí la elección temprana de un número dedicado a la novela, otro a Arlt, otro a Martínez Estrada (como un escritor sincero desde las entrañas el primero, lo que nos hizo ubicarlo como un paradigma, aun a sabiendas de sus limitaciones y defectos; y como un ensayista que se preocupaba por el mismo problema que nos sacudía a nosotros, aunque llevándolo a explicaciones seudometafísicas, en lugar de aferrarse a la realidad que lo fraguaba, el segundo).

Todo eso se fue afinando a la par de que aparecía cada número, que implicaba discusiones cuyo ámbito se fue ampliando a medida que ingresaban nuevos colaboradores. Hubo una cierta desorientación primera, que llevó a David a invitar a escribir a Solero y a Kush, precisamente por esa preocupación común, pero en ellos se manifestaba un martínezestradismo total, hasta exacerbado.

Está claro que el punto de partida, crítico, lo teníamos desde el comienzo, de ahí que nos autocalificáramos como una revista “denuncialista”, pero, a la par, teníamos una mirada de cuestiones oscuras, lo que nos llevó a leer y releer obras, incluso de segundo orden.

Pero de eso no resultó solamente un juicio negativo, como pareció entender el crítico uruguayo Rodríguez Monegal, que nos aplicó el mote de “parricidas”. También reivindicamos total y parcialmente obras y autores. Pero ¿cómo no desconfiar de una literatura que había hecho del *Martín Fierro*, ese canto a un gaucho asesino y racista, su poema máximo, y cuyos dos autores más venerados, Lugones y Borges, fueron tan reaccionarios como para apoyar un golpe militar fascista, el primero, y a sangrientas dictaduras militares (la argentina de 1976 y la de Pinochet) el segundo?

Seudónimos y difusión

Es verdad que nunca fuimos muchos los que escribíamos en la revista, simplemente porque no encontramos más gente que quisiera hacerlo. De allí que cuando tuvimos que analizar gran cantidad de autores nos decidimos a usar seudónimos. En realidad, los que usamos fuimos sólo David y yo, nadie más.

Algunos de ellos llegaron a cobrar vida propia, como V. Sanromán, que ocultaba simplemente a Viñas

Sanromán, apellido éste de una de las pocas familias que vivían en el pueblo de mi abuelo en Andalucía (Benadalid, en la Serranía de Ronda). Como V. Sanromán llegué a escribir bastante, incluso en otras revistas, en una de las cuales inventé una biografía. A tal punto llegué a tener vida propia, que un día, mientras caminábamos por Corrientes con David, se nos acercó un crítico literario de nuestra generación, de cuyo nombre no logro acordarme por más esfuerzos que hago, y, después de saludarnos y hablar de bueyes perdidos, nos dijo muy serio: “Miren, tengo que hacerles una advertencia: tengan cuidado con Sanromán, que es un tipo calculador y traidor, que vaya a saber con qué intención se ha acercado a ustedes... En realidad, no sé cómo le permiten colaborar”. No lo sacamos de su error, pero apenas nos dejó nos reímos a carcajadas de él.

En cuanto a la repercusión, ésta era, sin duda, relativa: no fuimos nunca una publicación masiva, pero llegamos geográficamente bastante lejos, no sé cómo, ya que la distribución se reducía aparentemente a la ciudad de Buenos Aires. Recuerdo, que nos escribió desde Mendoza un grupo literario agrupado alrededor de una revista cuyo nombre también he olvidado, para establecer relaciones de intercambio. Y excedimos, ciertamente, los límites de la llamada con un nombre algo vago “intelectualidad”: no sólo fuimos invitados como grupo por Frondizi para ayudarlo en su candidatura, hacernos cargo del frente de la cultura y editar un periódico partidario (*Política*, que alcanzó un tiraje mucho mayor), sino que desde el periódico nacionalista *Azul y blanco* punzaban (los “inteligentones de *Contorno*”, nos llamaban con cierto aire despectivo, pues no apreciaban nuestro modo izquierdista de analizar la vida cultural, además de vernos, es obvio, como enemigos).

No es una forma de hablar el decir que fuimos avanzando juntos en la perspectiva de análisis: no sólo algunos artículos se discutían dentro del núcleo central de la revista (Alcalde, Rozitchner, Jitrik, Adelaida Gigli, Susana —ésta sobre todo conmigo—, David y yo) sino que algunas editoriales las llegué a escribir a medias con Jitrik.

La falta de una proclama inicial, como se acostumbraba en algunas revistas, nos salió naturalmente pues ¿cómo íbamos a lanzarla con David y Susana? ¿A nombre de quiénes? ¿De nosotros mismos? La creación del grupo se dio por la convergencia en la revista, por la incorporación de colaboradores. Quiero decir que no existía previamente, sino que invitábamos a participar a amigos y conocidos con cierta afinidad de ideas. Éstos colaboraban, y si las coincidencias aumentaban pasaban a formar parte del grupo incipiente. Las conversaciones, las reuniones, los intercambios de ideas, fueron consolidando la relación. Por ejemplo, David invitó a Pagés Larraya, que ejercía la crítica literaria de los escritores argentinos, pero su colaboración fue esporádica porque no coincidía con nuestras perspectivas de izquierda ni con nuestras opiniones sobre la cultura argentina. Algo similar puede decirse de Solero y de Kush. Otros, no formaron parte del núcleo central, no participaban de nuestras reuniones, aunque nos viéramos en cafés y en otras partes, como Sebrelli y Correas. Otros, aún oscilaron más cerca de nosotros, como Masotta.

¿Cuáles eran nuestras perspectivas políticas?

David y yo, por cierto, solemos ser definidos para ese tiempo por la militancia de mi padre, simplificada, como “dirigente de la Unión Cívica Radical”. Eso nos daría en la época de *Contorno* cierta tinte de nacionalismo político y más tarde habríamos tenido el deseo de formar algo así como un ala de izquierda del radicalismo, lo que se apoya en la breve colaboración con Frondizi. Pero todo es bastante más complicado, y mucho más si tenemos en cuenta el núcleo principal de la revista.

Comencemos por el conjunto: Rozitchner nunca fue radical. De joven militó en las filas del socialismo. Alcalde era hijo de inmigrantes, y si entró a formar parte del radicalismo en la provincia de Santa Fe, donde llegó a ser ministro de Educación, lo hizo más bien como parte de una estrategia política del grupo que daba su adhesión condicionada a Frondizi, que a su vez había dividido al viejo partido, encabezando lo que se llamó Unión Cívica Radical Intransigente, que contaba con un ala de izquierda. Desde el comienzo fuimos vistos como una especie de “infiltrados comunistas” por la gente más de derecha del radicalismo. Impusimos a Susana como convencional de la organización, y nos opusimos a la política del propio Frondizi ya desde el comienzo. Con la ocasión de la elección de la Asamblea Constituyente, propiciamos, contra su opinión, el abandono de las bancas, por estar proscripto el peronismo. Eso nos diferenció también de todos los demás partidos que concurrieron, incluido los comunistas. Y logramos arrastrar, dicho de paso, a la Unión Cívica Radical Intransigente a nuestras posiciones.

Rompimos a raíz de propiciar el voto en blanco, también por la proscripción del peronismo.

Susana era hija de una familia de ideas católicas. Recorrimos juntos (éramos muy jóvenes cuando nos fuimos a vivir en común) un camino de izquierda heterodoxa, que la llevó, por ejemplo, a escribir una serie de artículos sobre los fusilamientos de obreros durante el gobierno de Irigoyen en el propio órgano que publicábamos en nombre del radicalismo (*Política*). Redescubrió así un hecho que había desaparecido de la memoria pública, y que luego retomó Bayer en sus libros (aunque no cita el antecedente y tampoco que la mayoría de las fotografías usadas por él se las presté yo, y habían sido tomadas por mi padre).

De los demás, no sé que militancia tuvieron, si tuvieron alguna.

David y yo, fuimos, claro está, inocentemente radicales de niños. Pero, ya de adolescentes, fuimos más impresionados por las represiones obreras que por el populismo irigoyenista. En mi casa se hablaba mucho de las huelgas de la Patagonia y de la represión contra los obreros —en una época en que nadie se acordaba de tales tragedias— porque mi madre y mi padre habían jugado un papel muy especial en ellas. Mucho mayor de lo que le gustó recordar a Bayer en sus libros. No es del caso contar aquí la historia, pero mi madre fue quien alentó a Ismael P. a intervenir para liberar a los obreros presos, y éste —que era el juez de la zona— debió armar y designar a varios amigos como “delegados especiales” para tomar por la fuerza la comisaría y dejar a los detenidos en libertad.

La historia terminó con mi padre enfrentando a su partido en el poder, con un juicio político contra él. Y, más lejanamente, cuando murió mi madre, con una placa que llevaron los sobrevivientes de la masacre a mi padre. La placa decía: “a la compañera Ester - los obreros de la Patagonia”.

Extraña y contradictoriamente, mi padre continuó siendo radical. Era un hombre contradictorio... Pero a nosotros nos marcó esa historia, que conocimos por él y por sus amigos de aquella época, como Alfredo Nascimento, dueño de un hotel en Río Turbio, que fue estaqueado por el ejército por haber albergado a huelguistas.

David, debo repetirlo aquí, nunca fue radical ni colaboró con Frondizi, de modo que el supuesto deseo que algunos nos atribuyen de haber querido formar un ala de izquierda de la Unión Cívica Radical se desvanece totalmente en lo que a él toca. En cuanto a mí y los demás, el rápido abandono que hicimos del frondicismo es bastante elocuente, pero es cierto que militamos en él algún tiempo, lo que puede dar base a aquella atribución. Pienso que el achacarle a David tal idea proviene del error de quienes nos ven como “los hermanos Viñas”, no como individuos sino algo así como siameses.

Lenguaje

“Tomá mate, che, tomá mate”
Santiago Ramos, “Tango inaugural”, 1857

“Rajá, turrítu, rajá”
Roberto Arlt, *Los siete locos*

Unos de los problemas que afrontamos desde *Contorno* fue, claro, el del voseo, ese modo de hablar que conjuga las segundas personas de los verbos, en singular y plural, de un modo diferente a como se hace en el castellano “normal”: “vos querés” y “ustedes quieren”, en lugar de “tú quieres” y “vosotros queréis”. Es indudable que da otra cadencia a las frases y que implica un modo diferente de relacionarse con los otros. Porque no es lo mismo decir: “Ven, siéntate” que “vení, sentate”.

En los tiempos en que apareció *Contorno*, el voseo era algo típico del Río de la Plata, compartido con la zona de Cali en Colombia y con los países de Centroamérica. Pero, como sigue ocurriendo en estos últimos, existía una especie de vergüenza oficial por su uso: desde el jardín de infantes y la escuela primaria, las maestras se empeñaban en una batalla abierta y constante contra su uso, su aparición impresa era inusitada, y aun en las simples cartas familiares, había personas que no se animaban a tratar de vos a sus correspondientes. Novelistas y poetas no usaban las formas verbales correspondientes y llegaban a agudos extremos para no hacerlo. He recordado a Mallea, que prescindió de todo diálogo para evitarlo en una novela, pero también los poetas usaban las conjugaciones del “tú”. Recuerden los versos de Lugones: “Oh luna, quiero cantarte/ con todas las reglas del arte... cuánto, cuánto albayalde/ llevas gastado en balde/ para alumbrar a tu hermana morena...”²

Tanto era así, que un crítico literario aplaudió el valor de un autor teatral por usar algunos diálogos con voseo (lo que, por cierto, provocó una respuesta de Masotta, en *Contorno*, tomándole el pelo por alabar su “uso discreto” y reivindicándolo como la forma de hablar natural de los argentinos aunque en ese entonces, no lo era de todos los argentinos, anotemos, de todos los rioplatenses, ya que al llegar a Córdoba se imponía el tú en el habla popular, lo que ha sido modificado por la influencia de la radio y la televisión).

El uso natural del *vos* fue nuestra puerta de entrada para nuestra reivindicación de Roberto Arlt, frente a las “decorosas” posiciones de Mallea, por ejemplo, tal cual diría Adolfo Prieto: ¿cómo un escritor podía ser considerado tal, si se avergonzaba de su lengua? ¿O acaso a él lo habían amamantado con el tú

2. Ya dije que en *Contorno* no tuvimos tiempo más que de ocuparnos de la novela y apenas de un ensayista. Claro está entonces que no lo tuvimos para escribir acerca de la poesía y de los cuentos, y en particular no hablamos de Lugones (tampoco de Borges). Fue sin duda una pena, aunque algunos de nosotros lo hayamos hecho en otras partes (y uno, como Jitrik, abundantemente). Dejo aquí constancia, por si puede interesar, que pese a todas las críticas y antagonismos que me separan de Borges y Lugones, me deleitan las cosas que escribieron, y aún suelo recitar para mí poemas de Lugones: “Largas sombras violetas/ flotan sobre el río gris/ y allá en las dársenas quietas/ sueñan oscuras goletas/ con un lejano país”.

en los labios? En cuanto a Lugones, si bien era cordobés, vivió en Buenos Aires y se planteaba como un escritor “nacional”, lo que en ese entonces sólo era posible si se era porteño, o se asumía como tal.

El lenguaje del *vos*, el lenguaje hablado, no el oficial y el escrito del *tú*, fue un instrumento de unificación cultural en esa región atravesada por varias lenguas desde temprano, obviamente dividida en clases desde sus orígenes. Así puede inferirse de la canción “Tomá mate, che, tomá mate,/ que en el Río de la Plata/ no se estila el chocolate”, que oí de joven cantada por no sé quién, aunque la cita la he tomado del ensayo “Del payador al cantor de tangos”, de Roberto Selles (en el tomo V de *La historia crítica de la literatura argentina*, Emecé editores, Buenos Aires, 2006).

Un instrumento de unificación cultural inconsciente pero tanto o más poderoso que la educación obligatoria y el servicio militar, ambos impuestos años después de que se cantara esa divertida letra. Adviértase que ya en ese entonces (1857) hacía al menos dos décadas que había comenzado una sostenida inmigración europea, que cobró cierto ímpetu después de la caída de Rosas, aunque, claro, sin el carácter masivo que alcanzó después.

A esa nacionalización del lenguaje contribuyeron sin duda de un modo activo el teatro, las canciones y los espectáculos que alcanzaron un casi impresionante número de espectadores desde las últimas décadas del siglo XIX, tanto desde las carpas circuenses como desde salas formales. En cambio, la escuela fracasó totalmente para imponer el castellano “normal”, según lo destaca en múltiples oportunidades, con indignación y sorpresa, *El monitor de la educación común*, publicación del Consejo Nacional de Educación.³

Debe atenderse al hecho de que la lucha contra el voseo no sólo fue una política educacional, sino que contó con el alborotado apoyo de escritores e intelectuales de la época —algunos de ellos españoles— que utilizaron para bregar por la “pureza del idioma” columnas en los periódicos y más tarde programas en la radio (Avelino Herrero Mayor, en la década de los 50, por ejemplo, tuvo uno, famoso, “Hablemos bien y escribamos mejor”).

Recalco, porque es una paradoja: la nacionalización del lenguaje como forma de integrar y cohesionar al pueblo, no fue lograda por el castellano “normal” defendido por la enseñanza y los puristas, sino por el idioma del voseo, considerado en el mismo pie de descalificación que el cocoliche y el uso de extranjerismos. Ahora, desde que la Real Academia Española ha aceptado el “voseo del Río de la Plata”, todo eso, la lucha en su contra y su defensa, ha pasado a la historia.

Escrito lo anterior, no puedo resistir la tentación de reproducir al menos una de las críticas que aparecieron en *El monitor de la educación común* al uso del voseo, lo que, de paso, servirá de ilustración de lo que digo en el texto a quienes no tengan tiempo de ir a buscarlo en fuentes primarias o secundarias. El inspector técnico Nicolás Trucco dice, por ejemplo, en el número 438, de julio de 1909, de la publicación: “Al visitar algunas escuelas, he hallado maestras que decían a los alumnos: sentate o parate. El maestro tiene libertad de dirigirse al alumno empleando el prenombre tú o usted, pero hablando siempre en castellano”. El voseo y sus conjugaciones verbales no eran castellano.

El fin de Contorno

Las explicaciones que di sobre las conversaciones, los intercambios de ideas y las lecturas y el pensar a solas y en común, que permitieron ir profundizando y ampliando nuestras posiciones, no deben interpretarse como que éstas llegaron a un nivel de perfeccionamiento cabal, o que yo lo creyera así entonces o ahora. Nada de eso: el ir mejorando no significa que tuviéramos todo redondo y ya acabado. Tampoco quiere decir que nos convirtiéramos en un grupo totalmente homogéneo, al modo de las llamadas vanguardias, que compartían ideas y perspectivas al punto de poder lanzar un manifiesto o declaración de principios. Seguimos siendo un grupo de individuos que nos íbamos definiendo y aprendiendo sobre la marcha. La desaparición de la revista, y el que cada cual continuara por su lado, permitió probablemente que fuéramos perfeccionando nuestras posiciones personales, pero en actividades diferentes.

Los distanciamientos y las peleas que hubo entre algunos de nosotros, acentuaron esas características.

Hasta entre mi hermano David y yo, aunque las diferencias entre nosotros no alcanzaron a ser ni con mucho las que se registraron entre algunos miembros del grupo responsable de la revista. Y, sobre todo, las que nos separaron de algunos de los más marginales.

Cada cual evolucionó por su lado, lo que (así me parece que son las cosas) ha contribuido a nutrir el mito sobre la publicación. Lo que realmente queda como saldo es que abrió una etapa de nuevas perspectivas en la crítica literaria y en las posiciones políticas.⁴

3. El trabajo citado, *Historia crítica de la literatura argentina*, abunda en citas sobre el papel asignado a colegios y a escuelas en la enseñanza del castellano, en la lucha contra extranjerismos, contra el uso del voseo y las formas acriolladas y vulgares del hablar.

4. Lo que he tratado de decir a lo largo de estas páginas es que en la revista no alcanzamos a escribir más que de novela, ensayo y política, pero que eso no impidió que lo hiciéramos sobre otros temas antes y después de la aparición de *Contorno*. En cuanto a la poesía, en el momento no se me ocurren otros ejemplos que el de Jitrik, con su *Leopoldo Lugones, mito nacional*, un libro de Editorial Palestra, publicado en 1960, y yo mismo con algún artículo en la revista *Centro*. Pero si hablamos de otros temas, la lista se alarga, por supuesto con la ayuda de Rozitchner, de Jitrik y (de nuevo ¿por qué no?), la mía.